

# **DE GUERNICA A NUEVA YORK PASANDO POR BERLIN**

Impreso en Nueva York el  
20 de mayo de 1942

## GUERNICA, ALMA DE LA DEMOCRACIA VASCA

### Misterio y grandeza del pueblo vasco

Quien indague en una Enciclopedia quiénes son los vascos, tal vez se encuentre con una respuesta como la siguiente: VASCOS, *Pueblo de raza desconocida que habla una lengua cuyo origen se ignora*. Y, aunque parezca mentira, tal vez sea ésta la mejor definición que pueda darse de la Nación Vasca. Porque estudiarla es andar a tropezones con el misterio.

Indudablemente, es difícil descubrir en el mapa a esta pequeña nación, pues, no obstante su existencia, se halla confundida en los colores que representan entidades políticas más poderosas. Pero la Nación Vasca, Euzkadi, existe, y desde tiempo inmemorial se halla encaramada como un pájaro en los Pirineos, escrutando esa inmensidad líquida que los anglosajones llaman *Bay of Biscay*, que en puridad quiere decir el Mar de los Vascos. Ha sido la esfinge muda que desde su agreste retiro contempló el nacimiento y ocaso de varias civilizaciones, y con persistencia milagrosa ha sobrevivido a sus enemigos. Y mientras que fenicios y cartagineses, godos y romanos, árabes y moros, celtas y francos cambiaron la faz y el alma de las naciones que le rodeaban, el pueblo vasco llega inmovible hasta nuestros tiempos, con su raza y su lengua legendarias, siempre amando la libertad, luchando y muriendo por ella.

Lo único positivo que sabemos del origen de los vascos es que nada sabemos de él. No hay filólogo o antropólogo en el mundo que no tenga su teoría particular sobre el caso, presentándonos entre todos un riquísimo muestrario de antepasados de todos los colores, en el que podemos escoger a nuestro antojo. Pero hasta que se pongan de acuerdo, no tenemos más remedio que admitir que los vascos descendemos de... los vascos.

Lo mismo sucede con nuestra lengua, el *euzkera*, a la que un profesor denominó la "desesperación de los lingüistas". A ninguna otra se parece y con ninguna otra tiene relación. Tal vez por eso el vasco dividió a la humanidad en dos campos bien definidos: *euzkaldunak*, los que hablan el euzkera, y *erdeldunak*, los que no lo hablan, clasificación simplista que, además de denotar el carácter independiente e individualista de los vascos, pone de manifiesto la importancia que dieron al verbo de su raza.

El misterio también nos sale al paso cuando pretendemos intrincarnos por los dominios de la diosa Clío. Todas las naciones del globo conservan cuidadosamente en sus desvanes montones de cosas viejas —algunas de ellas antigüedades valiosas, pero en general pedazos de escombro— a las que llaman orgullosamente *su historia*. Los vascos somos pobres en esta clase de posesiones. Se ha dicho que nuestro pueblo, como las mujeres honradas, carece de historia. Yo más bien diría que el pueblo vasco, como los hombres honrados, no aparece en los papeles hasta tanto alguien intente algo malo contra él. Carecemos de historia en el sentido de que nunca nos lanzamos a empresas imperialistas, y de que el tema constante de nuestras crónicas ha sido la defensa de nuestra independencia nacional contra el invasor extranjero.

La historia interna de Euzkadi, en cambio, reflejada en sus leyes, es de una realidad exuberante, y surge, por entre las calamidades y vejaciones que la sociedad humana ha venido padeciendo, como un canto perenne a la libertad y a la dignidad del individuo, el más excelso que jamás pueblo alguno haya entonado. Desde las más remotas edades, sobre la tierra vasca, el hombre disfrutó de aquellos derechos inalienables cuya conquista en otras naciones tanto tiempo y sangre le costó, porque bajo el cielo de Euzkadi la criatura humana siempre fue considerada como lo que con desgraciada insistencia se ha olvidado: la obra maestra de Dios.

Aunque no soy amigo de citas —la gente no compra libros para leer ideas prestadas—, voy a ceder la palabra a un autor que, si como buen británico era difícil de ser complacido por los méritos de naciones que no fuesen la suya, supo valorar las excelencias de nuestra legislación. El Conde de Carnavon, después de un viaje por el País Vasco, escribía en 1836 (1): *La casa del vasco es su castillo en el más categórico sentido de la palabra. Ningún magistrado puede violar dicho santuario, ni diligencia alguna puede realizarse en él, y nadie puede confiscar sus armas o su caballo. El vasco no puede ser arrestado por deudas, o sujeto a prisión bajo ningún pretexto, sin que previamente se le haya invitado a comparecer bajo el viejo Arbol de Guernica, donde se le da cuenta del delito que se le imputa, y se le exhorta a defenderse. Entonces, es absuelto allí mismo, puesto en libertad bajo fianza, o encarcelado, según la naturaleza del delito y los testimonios que se hayan aducido contra él. Este, el más precioso privilegio que los hombres libres pueden poseer y la más segura garantía contra el desenfrenado abuso del poder, es una costumbre más resueltamente en favor del individuo que nuestro propio y tan querido Habeas Corpus, y de la que disfrutaron los vascos siglos antes de que tan famosa garantía de la libertad británica tuviese existencia en nuestras islas.*

Todas estas leyes consuetudinarias de que nos habla Lord Carnavon nacieron y se desarrollaron bajo de Roble de Guernica, y bien merece ser llamado sagrado el árbol que amparó bajo sus ramas la elaboración de la más auténtica recopilación de los derechos del hombre en tiempos en que Europa se hallaba dominada por el feudalismo, las diferencias sociales y el despotismo de los reyes. El Arbol de Guernica derramó su sombra tanto sobre los humildes

---

(1) *Portugal and Galicia with a review of the social and political state of the Basque Provinces...* London.

como sobre los poderosos, porque en la tierra vasca auténtica nunca existió más que una clase social: la de vascos (2).

Tan dentro llevaba el vasco en su alma esta devoción a la humana dignidad que nuestros antepasados, siempre inspirados por la sombra sapientísima del Arbol de Guernica, arbitraron el recurso más ingenioso que puede imaginarse para que el ciudadano de Euzkadi fuese respetado en su persona, no solamente dentro de las fronteras de su patria, sino también fuera de ellas. So pretexto de que los territorios vascos nunca habían sido hollados por los moros, todos los hijos de Euzkadi fueron declarados universalmente nobles. Fue una travesura democrática tanto más admirable, cuanto que en aquella época los valores humanos no eran respetados. Y a causa de esa nobleza universal no vaya a creerse que todo vasco tenía derecho a blasonar de algún título nobiliario, ya que, por el contrario, se hallaban prohibidos en Euzkadi, cuando suponían cierto dominio de la tierra. Su alcance era más práctico y digno que todo eso: disponía que como consecuencia de haber sido declarados nobles todos los vascos, ninguno de ellos podía sufrir tormento —cosa común en aquellos tiempos—, ni padecer en consecuencia los rigores de la Inquisición —tan frecuentes en España—, ni ser detenido sin mandato en regla de la autoridad. Así se constituyó lo que pudiéramos llamar la nobleza popular vasca, por ser la que mejor se adaptaba a un pueblo organizado en una democracia aristocrática, o mejor dicho, en una aristocracia democrática. Quien tiene el debido concepto de la dignidad humana y respeta al cuerpo por ser habitación del alma, no puede menos de considerar como ofensa a ésta las violencias cometidas contra aquél, y consagrar la libertad como el supremo galardón de nobleza a que toda persona es acreedora. Los vascos, por ser igualmente libres y libremente iguales, eran nobles antes de dar estado legal a su nobleza, y este atributo no lo usaron para avasallar a nadie, sino para hacerse respetar por quienes eran hechos nobles por el capricho de los monarcas, con derecho a tratar como a siervos a quienes aún no habían alcanzado esta distinción real. Este es el rasgo más saliente de la nobleza universal de los vascos; fue el pueblo quien se la otorgó a sí mismo, sin necesidad de recurrir a Reyes o Señores.

A nadie podrá extrañar, pues, que un pueblo de estas características espirituales, y que hasta tenía establecido en su Constitución que “las cartas contra la libertad se tengan por no otorgadas”, se hallase una vez más en armas en el año 1936, defendiéndose esta vez contra los ejércitos totalitarios acaudillados por quien, como el General Franco, pretendía someter a los hombres a una moderna servidumbre, y reputaba como un nefando delito las ideas de libertad y democracia. En aquella luctuosa fecha el pueblo vasco no hacía más que seguir su trayectoria histórica. Una vez más se alzaba corajudamente para defender la libertad individual y la libertad que empezaba a alborear para él.

Desde 1839 en que el Estado español arrebató a los vascos sus libertades viejas como el mundo, éstos no habían cejado un solo momento en su lucha

---

(2) El autor americano Marvin R. Vincent, dice así en su libro *In the shadow of the Pyrenees*, citando a Joanne: “Entre los vascos, cada uno es igual al más rico, y cada uno es igual al más pobre, y todos disfrutan desde tiempo inmemorial, no de los mismos privilegios sino de los mismos derechos y de aquellos que andando el tiempo han llegado a ser patrimonio de la Europa moderna: igualdad ante la ley, exención de toda servidumbre, y absoluto respeto a las personas y a la propiedad”.

por recuperarlas. La República llegó a España en 1931, prometiendo remediar las injusticias perpetradas por la Monarquía Borbónica, pero los errores que son causa de la ceguera que produce el triunfo, impidieron que los buenos propósitos se convirtiesen en realidades, y las Cortes Españolas no aprobaron la autonomía del País Vasco hasta el 1.º de octubre de 1936, cuando ya el alzamiento franquista adquiría proporciones de extrema gravedad. Y aunque la libertad reconocida no era más que un retazo de la soberanía que por derecho nos correspondía, y aunque sabíamos muy bien que reconocer a un pueblo la libertad en plena guerra era entregarle responsabilidades multiplicadas por las circunstancias, los vascos nos sentimos orgullosos al percatarnos de que nuestra patria comenzaba a ocupar en el mapa del mundo el puesto que por derecho le correspondía. El ser de nuevo libres nos iba a costar mucha sangre y muchas amarguras, pero ¿qué importaba, si, para el vasco, la libertad es tan necesaria como el oxígeno que respira?

La tradición de nuestros mayores volvía a renacer en nosotros, y el Arbol sagrado que en Guernica se alza, dejaba de ser reliquia, para volver a ser el símbolo vivo de nuestra historia.

### **Bajo el árbol de las libertades cercado por las bayonetas de la antilibertad**

Con Alava, Guipúzcoa y Navarra en poder del enemigo, y sus ejércitos amenazando desde los bordes mismos de Vizcaya, el día 7 de octubre de 1936, los representantes populares congregados en Guernica, la antigua capital política, me eligieron Presidente de los Vascos. El pueblo más viejo de Europa tenía desde aquel día un Primer Magistrado de 32 años, como para demostrar que las naciones no son viejas por sus años, cuando la fe y la esperanza las mantiene jóvenes.

Siguiendo una tradición que se pierde en el amanecer de los tiempos, presé el juramento de mi cargo bajo el Arbol de Guernica, que con sus raíces en la tierra y sus ramas hacia el cielo se alza como un testimonio perenne de la espiritualidad y soberanía nacional de nuestro pueblo. Bajo él, hasta el año 1839, habían jurado los Señores de Vizcaya respetar y defender las libertades vascas, sin cuyo requisito no eran reconocidos como tales. Quiso Dios escogermé para restablecer aquella tradición interrumpida por espacio de cien años, y tuve el honor de jurar fidelidad a aquel pueblo mío en los momentos de su mayor dolor.

Fue en una de esas tardes grises de nuestra patria, en las que la alegría del paisaje vasco pierde su sonrisa bajo la tristeza del cielo. Nubes tupidas parecían querer amparar nuestra inconsciencia contra los propósitos criminales de los aviones alemanes, que acechaban a pocos kilómetros de distancia. La ceremonia del juramento y de la presentación del nuevo Gobierno Vasco había sido tenida en secreto, pues de haberse enterado Franco hubiera adelantado la destrucción de Guernica. Pero la gran nueva corrió de oído en oído, y los vascos dieron una tregua a sus penas, y empleando medios de locomoción de todas clases, se dirigieron de todas partes hacia la Villa que es santuario de nuestra tradición.

El silencio que reinaba aquella tarde en Guernica era la mejor demostración de la emoción que embargaba a aquella gente. Los que lloraban, que eran muchos, también lo hacían en silencio. Situado debajo del Arbol, yo pronuncié en voz alta la fórmula del juramento:

*Jaungoikuaren aurrean apalik,  
Euzko-lur ganian zutunik,  
Asabearen gomutaz,  
Gernika'ko zuaizpian  
Nere aginduba ondo betetzia  
Zin dagit.*

Ante Dios humillado,  
En pie sobre la tierra vasca,  
Con el recuerdo de los antepasados  
Bajo el Arbol de Guernica  
Juro  
Cumplir fielmente mi mandato.

Todos sabíamos que nos habíamos congregado en aquel histórico lugar para convivir en una ceremonia que representaba el principio del más grande sacrificio que los vascos íbamos a realizar por la Patria y por la Humanidad. Cualquier extranjero que después de presenciar el poderío ítalo-alemán de Franco, se hubiera asomado aquella tarde a Guernica, y hubiese visto aquel Gobierno de hombres jóvenes presentándose solemnemente a su pueblo, y aquellas tropas de voluntarios mal equipados desfilando con la bandera que hasta entonces había sido menospreciada, hubiese pensado que se trataba de una concentración de locos o de niños jugando a mayores. Pero los vascos comprendíamos plenamente la trascendencia de aquel momento histórico, en el que Euzkadi, la nación que fue siempre democracia y nunca dejó de serlo, volvía a renacer a la vida de la libertad, y precisamente en los momentos en que empezaban a triunfar en Europa doctrinas mil veces más abyectas que el feudalismo, al cual nuestros antepasados nunca habían permitido brotar en nuestro suelo. Y porque nuestra democracia fue la primera en el tiempo, era también la primera que se aprestaba a levantarse en armas contra quienes habían movilizad todas sus fuerzas para sumir al siglo XX en una ignominia de servidumbre.

En aquellos mismos instantes en que yo pronunciaba mi juramento, nuestra juventud, mal equipada y peor armada, se batía contra los ejércitos de Franco, en montañas que solamente veinte kilómetro separaban de Guernica. Casi se oían las detonaciones desde donde nosotros estábamos. Aquella misma tarde, pocas horas antes de la ceremonia, nuestro Estado Mayor, como llamábamos a aquel conjunto de hombres de buena voluntad, me había anunciado que en nuestros depósitos de municiones no quedaban más que unos trescientos mil cartuchos. Pocos estábamos en el secreto de lo que aquello suponía. Tres días antes se había librado en los altos de Elgueta un sangriento combate en el que nuestras improvisadas formaciones de patriotas voluntarios —ya los llamábamos *gudaris*, que en vasco significa *guerreros*—, habían rechazado a las tropas de Franco que se vieron obligadas a retroceder en desorden. Se les causaron cientos de bajas, pero a costa de cerca de cuatrocientos mil cartuchos. Si el combate se hubiera repetido, a buen seguro que mi juramento no lo hubiera prestado bajo el Arbol de Guernica, sino sobre las olas del Cantábrico, única salida que nos quedaba.

La libertad de Euzkadi resucitaba después de cerca de cien años de letargo forzado, protegida por unas armas cuya principal munición consistía en el heroísmo de los hombres que las empuñaban.

### Armas de diferente procedencia y calidad

Había terminado el acto de mi jura, cuando llegaba apresuradamente del extranjero uno de los dos amigos que enviamos a comprar armas a Francia. El viaje de vuelta lo había realizado en una gasolinera, burlando la vigilancia de los barcos de guerra franquistas. Era Telesforo de Monzón, un joven de mi misma edad, a quien yo había nombrado Ministro de la Gobernación del nuevo Gabinete Vasco, sin él saberlo.

—Todo está arreglado —me dijo nerviosamente Monzón.

—¿Arreglado qué? —le interrumpí.

—Lo de la compra de armas —me contestó—. Dentro de pocos días llegarán de Hamburgo cinco mil fusiles y cinco millones y medio de cartuchos.

—¿Pero qué estás hablando? —le repliqué asombrado—. ¿De Hamburgo...?

—De Hamburgo, por mucho que te asombres —añadió Monzón—. Nos las han vendido los alemanes.

Todo aquello era demasiado incomprendible para mí. No me cabía en la cabeza que los alemanes nos vendiesen armas para defendernos contra Franco, y en cierto modo contra ellos, que eran sus aliados. Decididamente empezábamos a vivir en un mundo sin lógica, que andando el tiempo iba a proporcionarnos los ejemplos más estupendos de contrasentido.

—Así es, aun cuando te extrañe. En Francia no había nada que hacer. Nadie quería oírnos hablar de vender armas. A los ingleses hasta les escandalizó la idea. No hemos tenido más remedio que irnos a Hamburgo, donde unos agentes alemanes nos han vendido esas armas que vienen de Checoslovaquia.

Y lo más extraordinario fue que llegasen a nuestras manos. En un puerto francés fueron transbordadas las armas del buque escandinavo que las condujo, al pesquero vasco que hubo de transformarse en barco fantasma para traerlas a Bilbao. Las maniobras del transbordo fueron por demás complicadas, pues hubimos de valernos de toda clase de estratagemas para que las autoridades francesas no se enterasen de que los pobres vascos habíamos adquirido armas para defender los principios democráticos que ellos sustentaban, pero a los que, al mismo tiempo, estaban traicionando inconscientemente. Parecía talmente que la Gestapo se había trasladado a Francia —luego resultó ser cierto—, y que las organizaciones de ayuda a la democracia se habían establecido en Hamburgo.

Con aquellos fusiles y cartuchos nos creímos invencibles, aunque no fuese más que por comparación con aquellos primeros días de la sublevación militar, en los que nuestras gentes empuñaban cualquier herramienta con tal que disparase. Y llenas de entusiasmo salían a enfrentarse con los moros y legionarios que Franco acaudillaba, aunque por su indumentaria y armamentos más parecían partidas de caza.

Con este material y con los cañones que la rendición del Cuartel de Loyola de San Sebastián nos proporcionó, preparamos los cuadros de un ejército de 35.000 hombres. Contábamos con trece oficiales de carrera, exiguo número que hubo de reducirse más aún por la desertión de algunos de ellos que abandonaron nuestras filas llevándose documentos de capital importancia. Gracias a una de estas traiciones, Franco se hizo con los planos del llamado *cinturón*

de Bilbao, que era una cadena de fortificaciones que defendía dicha capital. Con trece oficiales solamente, y entre ellos el consabido judas, no nos quedó más remedio que improvisar los que nos faltaban. De ahí que se viese mandando batallones y más tarde hasta divisiones, a médicos, oficinistas, obreros, arquitectos, etc., y muchos de ellos con verdadero éxito.

Un mes más tarde nos anunciaron la llegada del primero y único cargamento ruso de material bélico que recibimos los vascos. Nos lo enviaba el Gobierno de la República Española que lo había adquirido en Rusia. Consistía en quince aviones de caza, cinco cañones de mediano calibre (11,50) —nosotros los llamábamos la artillería pesada—, quince tanques, doscientas ametralladoras y quince mil fusiles con muy pocos cartuchos. Nuestra ilusión se multiplicó con su llegada; íbamos a poder formar seriamente un ejército.

Pero con su llegada fueron nuestras ilusiones las que se marcharon. Los aviones eran buenos para entonces, cazas Curtiss fabricados en Rusia; los tanques eran viejos y achacosos, renqueando sobre ruedas de goma; los cañones eran aceptables aunque solamente servirían mientras durase la escasa munición que traían; muchas ametralladoras funcionaban mal y más de la mitad hubimos de desecharlas por inservibles; y los fusiles... bueno, los fusiles eran los que sobraron de la guerra de Crimea, con cerca de un siglo de existencia, de un solo tiro, y con unas balas que hubiesen parecido anticuadas a nuestros abuelos. Meses más tarde, los guardias de orden público se paseaban con ellos, causando la admiración de los ignorantes que juzgaban por su tamaño sus cualidades mortíferas.

Recuerdo que el técnico artillero que los examinó, me dijo indignado, sintiendo su honor militar ofendido:

—¡Pero esos rusos por quién, nos han tomado!...

—No se enfade, Comandante —le contesté yo—; es la ayuda de las dictaduras a la democracia, que comenzó en Hamburgo y continúa con espingardas de un solo tiro. Tal vez son un regalo para nuestro museo arqueológico, que nosotros hemos interpretado equivocadamente.

Pero era una ayuda al fin y al cabo prestada a una causa justa que se defendía desesperadamente, y por lo tanto muy digna de agradecer. Los otros en cambio, los que tenían el deber de prestar su colaboración al pueblo vasco en su lucha de vida o muerte contra el totalitarismo internacional, no solamente no enviaron nada, sino que pusieron toda clase de obstáculos oficiales, y hasta impidieron el paso del material por su territorio.

Además, es justo hacer constar que los quince aviadores que nos enviaron acompañando la expedición, eran de diferente calidad que los fusiles de Crimea. Permanecieron dos o tres meses entre nosotros y luego fueron retirados. A quienes más extrañeza causaron los jóvenes aviadores, fue a algunos elementos extremistas que creían que todo ser humano que llegase de Rusia, había de ser desgreñado, indisciplinado y revolucionario. La conducta de aquellos muchachos fue ejemplar, y no me refiero a su ejecutoria militar, ya que la superioridad numérica del adversario no les permitió combatir más que al principio. Lo que más me impresionó fue la disciplina de aquellos aviadores. Fueron un ejemplo de seriedad y corrección que denotaba a las claras que en su país existía en el orden militar algo más que lo que una propaganda desviada e inexacta hacía ver a las gentes. Venían mandados por el general Jansen, de origen

Letón, con quien me unió una sincera amistad por su bondad y corrección. No era comunista, y comprendió bien todo el alcance de la tragedia del pueblo vasco. Un día fue llamado por sus superiores y se despidió de mí con las siguientes palabras:

—Yo no sé hacer política. Es mejor que me retiren de aquí.

Fueron muchos, muchísimos, los dolorosos desengaños que recibimos, pero nosotros seguimos trabajando sin desfallecer, porque la justicia de nuestra causa nos infundía una fe que no nos permitía dudar de nuestro triunfo. Y creamos el Ejército Vasco, transformando las milicias —que se componían de voluntarios de los diferentes partidos políticos— en una organización militar de más de cien mil hombres perfectamente disciplinada, quienes, a pesar de la deficiencia irritante del armamento, supieron contener al invasor durante muchos meses; construimos el llamado “Cinturón de Hierro” de Bilbao, que tuvo una extensión de unos doscientos kilómetros de perímetro; transformamos la industria civil en industria de guerra y organizamos todos los servicios; alimentamos una población civil de más de ochocientas mil almas, con más de ciento cincuenta mil refugiados, en un territorio de unos tres mil kilómetros cuadrados y sin más salida que un mar virtualmente bloqueado; mantuvimos el orden y establecimos la administración de justicia; defendimos la libertad de conciencia y el respeto al culto; protegimos la propiedad y velamos por las vidas de nuestros adversarios políticos.

Pero no quiero hacer el elogio de nuestra obra y voy a dejar hablar a un testigo presencial de ella. Me refiero a G. L. Steer, corresponsal en el frente vasco de “The Times” de Londres y de Nueva York, el cual dice así en su libro *The tree of Gernika*: “Los vascos se consideran orgullosos del año en que se gobernaron a sí mismos, de cómo mantuvieron el orden y una verdadera paz religiosa, y dieron libertad a todas las conciencias, y alimentaron a los pobres, curaron los heridos y condujeron todos los servicios del Gobierno sin una sola disputa. Sólo ellos en toda España demostraron hallarse aptos para gobernar; mientras los otros asesinaban, aterrorizaban a la clase trabajadora y vendían su patria a los extranjeros, ellos unieron su pequeña nación con fuertes lazos de humana solidaridad... Podrían esperar, como lo hago yo, que en lo sucesivo su obra sea coronada por un mayor éxito, pero difícilmente que su conducta sea más digna y honorable.”

Algún día, cuando se disipe la bruma ideológica que ha dejado en el mundo aquella guerra civil de trascendencia universal, la humanidad hará plena justicia a los vascos, y se verá que entonces, como siempre, no hicimos más que continuar la tradición de nuestros mayores, simbolizada en el Arbol de Guernica.

### **Holocausto para advertencia del mundo**

Gernica era una villa de unos siete mil habitantes, situada en un apacible valle bordeado de montañas. Como todas las poblaciones de Euzkadi, era un conglomerado de limpias casitas blancas, mirándose mutuamente a través de calles estrechas y sombreadas, descollando del conjunto los tres edificios, que se alzan como puntales simbólicos de la vida vasca: la iglesia, índice de la reli-

giosidad de nuestro pueblo: la casa Consistorial, representativa de su civilidad, y el frontón, que nos habla de la fortaleza de la raza. El mar no está lejos, y llega hasta las mismas plantas de Guernica en forma de bellísima ría que va trazando islitas y recodos, por entre los cuales se deslizan en los días de verano, las viejas velas de las gabarras que traen arena desde las playas extendidas junto al mar. Es una población completamente abierta, desprovista de toda defensa, pues en todo su perímetro no se encontraba ni un mal cañón antiaéreo. Apartadas del casco trabajaban dos pequeñas fábricas que de ningún modo podían considerarse como industrias de guerra. La villa propiamente dicha está en la parte baja, en el valle, y junto a ella, en una frondosa elevación se halla la Casa de Juntas —el Parlamento Vizcaino—, y en su jardín el famoso Arbol de Guernica, apenas mecido por la brisa, siempre en silencio, cual si añorase los días de su esplendor nacional.

Todos los lunes del año se celebraban en Guernica sus famosas ferias, pintorescas aglomeraciones de aldeanos, de un sabor ancestral que ponían de manifiesto la civilidad y alegría de las fiestas vascas. Todos los productos de las huertas e industrias caseras cercanas a Guernica se exhibían en su plaza, y mientras las transacciones se llevaban a cabo con solemnidad mercantil, los burritos y los bueyes que habían traído los productos celebraban ponderada concentración bajo los tilos, esperando el retorno a sus caseríos. Una vez terminada la parte importante del día, la de los negocios, la gente se desparramaba por las casas de comidas, que hacían gastronómicamente renombrada a Guernica, para cumplir con uno de los mandamientos principales de la vida vasca: el de comer y beber bien, con calma, copiosidad y animada conversación. Y en un estado eufórico que es consecuencia directa del rito culinario, la gente rebose en el frontón donde se celebraban famosos partidos de pelota, o acude a la plaza donde se baila a los acordes del txistu y el tamboril. Cuando las campanas de las iglesias tañían el toque de ánimas, se iniciaba el desfile de los forasteros, y Guernica recobraba su calma de ciudad antigua y tradicional.

Este fue el escenario escogido por Franco y por Alemania para realizar el lunes 26 de abril de 1937 el primer ensayo de guerra total y llevar a cabo el crimen más horrendo que recuerda la historia. Serían las cuatro y media de la tarde cuando las campanas de las iglesias que hacían veces de sirenas anunciaron la presencia de aviones enemigos a la gente que llenaba Guernica por celebrarse la acostumbrada feria. Pronto apareció un avión, que después de dibujar en el aire círculos de observación, arrojó unas cuantas bombas sobre la estación del pequeño ferrocarril que une dicha villa con Bilbao. Pocos minutos después un segundo Heinkel repitió la hazaña con la misma impunidad. La gente se apresuró a cobijarse en las vetustas casas, a falta de refugios, y por las calles desiertas se vio cruzar la figura del sacerdote doctor Arronategui, en su noble deseo de socorrer a las primeras víctimas. Transcurridos quince minutos, y cuando ya se empezaba a creer que el peligro había desaparecido, volvió a oírse el zumbido de los aviones; eran Junkers 52, los aparatos de bombardeo más potentes que Alemania había enviado a la Península. Tan pronto como se hallaron encima de Guernica empezaron a arrojar su mortífera carga, mientras que una escolta de cazas ametrallaba a la gente que huía aterrada al campo, donde creía encontrar una mayor seguridad que dentro de los viejos edificios. Unas casas volaban partidas en dos, otras se hundían aplastando a quienes se

habían cobijado en ellas, y las primeras llamas empezaron a realizar su obra devastadora. Hombres, mujeres, niños, corrían enloquecidos en todas direcciones para perecer en las calles, o morir acribillados a balazos por los Heinkel que ametrallaban los caminos volando a ras del suelo, dejando carreteras y heredades sembradas de cadáveres.

Pero todo ese horror no había sido más que un prólogo del enorme crimen que se estaba perpetrando, pues fue entonces, a las cinco y cuarto de la tarde, cuando comenzó la destrucción de la villa sagrada para los vascos. Durante dos horas y media la bombardearon sin cesar, sin compasión alguna, en la más horrible orgía de sangre y fuego hasta entonces conocida en la historia de las hecatombes humanas. Iglesias, casas, todo estallaba hecho trizas, y los heridos que estaban en el hospital fueron arrojados en pedazos por las ventanas rotas. El fuego completaba la labor devastadora, y las llamas devoraban edificios, cuerpos humanos, animales, todo. Guernica había quedado convertida en una inmensa hoguera, dentro de la cual ardían centenares de inocentes víctimas, en holocausto a la barbarie bautizada sacrilegamente de "*Cruzada* por el orden, la autoridad y la religión". Aquel zarpazo de la fiera totalitaria había costado cerca de dos mil víctimas a la humanidad, muchas de ellas pobres aldeanos que trabajaban sus heredades de sol a sol, y cuyos labios rezaban a Dios antes y después de su labor.

A las ocho menos cuarto, cuando la noche empezaba a caer, desapareció del cielo de Guernica el último avión, y una gran extensión de la tierra vasca quedaba iluminada por el resplandor de la villa en llamas, con sus víctimas calcinándose en sus entrañas. "Un espectáculo dantesco —me decía uno de los miembros del Gobierno Vasco—, que impresionaba aún más viendo aquellos rostros petrificados por el dolor de quienes, sentados en los bordes del camino, contemplaban impávidos la consunción de Guernica, y en aquella inmensa hoguera los cuerpos de sus seres queridos. Todas aquellas gentes daban la impresión de haberse vuelto locas. El terror les había quitado el más leve sentido de la realidad. Y no lloraban, porque les era imposible llorar."

La destrucción de la villa sagrada para los vascos se había consumado, pero el Arbol de las Libertades había quedado ileso, inmutable, con sus ramas extendidas hacia el cielo enrojecido, como queriendo decir al mundo, que, a pesar de yacer a sus pies cientos de vascos inmolados por defender la libertad, los principios por él representados nunca pasarían.

Cuando recibí las primeras noticias del ataque contra Guernica pensé en llegarme al lugar del desastre. Cuando me fueron comunicando las proporciones de la catástrofe, dudé. Más tarde, cuando caída la noche el espectáculo del fuego y desolación llevaba a diplomáticos y periodistas extranjeros a Guernica, decidí no ir. No quería que la impresión de un acto de vandalismo semejante pudiera contribuir a variar nuestra línea de conducta. Preferí quedarme a solas con mi conciencia, que siempre me había aconsejado que el hombre honrado no debe dejarse arrastrar por la indignación que le produce la conducta innoBLE del adversario.

Pero me dirigí al mundo con las siguientes palabras: "Ante Dios y la Historia que nos han de juzgar, afirmo, que durante tres horas y media los aviones alemanes han bombardeado con una fiereza desconocida hasta aquí, a la población civil indefensa de la histórica villa de Guernica, reduciéndola a cenizas."

zas y persiguiendo con tiro de ametralladora a las mujeres y niños que han perecido en gran número mientras huían locos de terror. Yo pregunto al mundo civilizado si puede permitir el exterminio de un pueblo que ha considerado siempre como su más grande título de gloria la defensa de su Libertad y de la santa democracia que Guernica con su Arbol milenario ha simbolizado a través de los siglos”.

Pero no había que extrañarse. Se había cumplido la amenaza del general Mola, jefe de las fuerzas atacantes. En unas octavillas que fueron arrojadas sobre Bilbao desde unos aviones, nos amenazaba con las siguientes palabras: “Nosotros destruiremos a Vizcaya, y su territorio desnudo y desolado privará a los ingleses del deseo de sostener contra nosotros a los bolcheviques vascos. Es preciso destruir la capital de un pueblo pervertido que osa oponerse a la causa irresistible de la idea nacional”. Y estas palabras del general Mola fueron corroboradas más tarde por el Cardenal Gomá, Primado de España, quien en carta dirigida al Canónigo vasco doctor Onaindia le decía, que la destrucción de Guernica “era el anuncio de lo que podía suceder a la gran ciudad”. Se refería a Bilbao.

Mas a la ignominia totalitaria no le bastaba con la salvaje destrucción de Guernica, y en su perfidia llegó a ensañarse en las víctimas, atribuyendo a ellas la responsabilidad de la horrible carnicería en que habían perecido. Y fue el mismo general Franco, quien después de acusarnos vilmente a los vascos de haber destruido Guernica, pronunció estas cínicas palabras: “Aguirre mente. Nosotros hemos respetado Guernica, como respetamos todo lo que es español”. Pero quien mentía con cinismo y deshonor era él. Con razón dice Steer en su libro antes citado: “La destrucción de Guernica no sólo fue un horrible espectáculo para los ojos; dio también ocasión a las más horribles contradicciones y mentiras que oídos cristianos jamás oyeron...”.

### **Repercusiones: proposiciones de paz de las dos Romas**

Si Pearl Harbor fue un terrible golpe para los americanos, podrá figurarse el lector lo que significó para los vascos la destrucción de Guernica, símbolo viviente de todo lo que era más querido por ellos. Era dar en el corazón mismo de la pequeña nación vasca y en el corazón de todos sus hijos, aun en el de aquellos que vivían en las más apartadas regiones del globo. Pero entre Pearl Harbor —objetivo puramente militar— y Guernica —objetivo puramente civil— existe una íntima relación, que se hace más palpable después de vividos los cinco años que los separan; ambos son jalones dolorosos de una nueva táctica bélica, salvaje y cobarde, pues si Guernica fue el primer ensayo de destrucción totalitaria, Pearl Harbor ha sido el último, principio y fin de un trágico eslabón de matanzas colectivas, perpetradas por quienes se valieron de la cobardía y egoísmo de las naciones poderosas, para atacar primeramente a los débiles, y por último a los fuertes.

Los resplandores de Guernica arrasada anunciaron al mundo que había comenzado la conquista del continente europeo por la violencia totalitaria; los escombros ensangrentados de Pearl Harbor han sido el anuncio de la conquista de otras partes del mundo. Por muchas millas que separen Guernica de

Pearl Harbor, ambas tienen la misma significación histórica, ambas han sido víctimas de los mismos errores suicidas, y ambas marcan con sus cicatrices palpitantes el camino que ha de seguir la humanidad si no quiere verse abyectamente subyugada en una nueva esclavitud. Los hombres de hoy tienen que aprender a leer en ruinas y cadáveres si han de adquirir la ciencia que enseña que tardar es perecer, y más si a la tardanza van unidas las contemplaciones. Muy lejos estaban Guernica y Pearl Harbor, de América o de la India, pero la mística de la historia las ha llevado hasta la puerta misma de todos los hogares. Para la injusticia no hay fronteras ni distancias, y cuando ésta se produce, sea donde sea, es preciso ayudar a extirparla a los que la padecen, pues nadie sabe quién va a ser víctima de su próximo brote. Si quienes debían hubiesen madrugado para no permitir que se perpetrara la inmolación de Guernica, es muy probable que los Estados Unidos no hubiesen tenido que contar los cadáveres de sus hijos asesinados en Pearl Harbor.

Quienes amaban la libertad y la veían amenazada, pronto se dieron cuenta de lo que significaba la destrucción de Guernica. La humanidad empezaba a reaccionar ante aquel aldabonazo macabro que anunciaba al mundo una era de dolor y de lágrimas. Y contemplaba con horror aquel espectáculo de espanto, que al mostrarlo al pueblo americano había hecho decir al senador Borah: "Aquí el fascismo presenta al mundo su obra maestra. Ha colgado en las paredes de la civilización un cuadro, que jamás será descolgado ni se borrará de la memoria de los hombres".

Aquel clamor de indignación que se levantó por doquier, hizo meditar y preocuparse a quienes se habían confabulado para terminar con la libertad en el mundo. El ensayo para perpetrar sucesivos asesinatos colectivos les había resultado excesivo. Además, no hay que olvidar que Franco era el paladín de una *cruzada* que pretendía monopolizar la defensa del orden y la civilización cristiana en oposición al comunismo.

Por eso se produjeron entonces algunos hechos que, a pesar de su importancia, no han sido tratados hasta ahora en ningún libro. Como solamente los conocemos las personas que intervinimos en ellos, voy a permitirte relatarlos sucintamente.

Los actores principales son personas tan venerables como el actual Papa Pío XII, y otras dos que, aunque menos venerables, son bastante conocidas: Mussolini y el Conde Ciano. Toda la documentación referente a estos asuntos se halla en uno de los archivos de la Presidencia del Gobierno Vasco en un lugar de Europa que no conviene mencionar. Pero mi memoria es lo bastante fiel para que la confrontación que en su día se haga sea tan exacta como han sido siempre mis afirmaciones.

Hacia mediados de mayo de 1937, dos semanas después del bombardeo de Guernica, llegó a Bilbao por los aires una personalidad vasca. Nosotros teníamos organizada una línea de servicio aéreo, de un solo avión, que nos unía con el mundo civilizado a los vascos que luchábamos cercados por todas partes. Dicha persona era de mi absoluta confianza y podía prestar oído al enemigo sin comprometer nada. En aquella ocasión traía un encargo delicado y espionoso.

Un diplomático italiano, el Conde Cavaletti de Sabina, había llegado al sur de Francia, tal vez con el pretexto de descansar en alguno de aquellos delei-

tosos parajes tan codiciados por los italianos, pero en realidad con un encargo del Conde Ciano para mí como Presidente del Gobierno Vasco. Se trataba de una proposición que nacía del propio Mussolini y venía expresada en una nota verbal y en unas ampliaciones que serían ratificadas asimismo de palabra.

La nota verbal expresaba en primer término el deseo del Duce de llegar a una paz separada con los vascos, mediante la *entrega* —reza textualmente— de Bilbao, a sus tropas, verificada la cual, Italia garantizaba el cumplimiento de unas cláusulas muy humanas para tranquilidad del País Vasco, y de garantía para los miembros de nuestro Gobierno, jefes políticos y militares vascos. Terminaba la nota señalando el procedimiento a seguir para iniciar las negociaciones; yo, como Presidente Vasco, dirigiría a Mussolini un telegrama pidiéndole su intervención, basándome para ello en motivos puramente humanitarios. Se me ofrecía la clave oficial secreta italiana, que podría utilizar libremente.

—¿Qué sucede en Roma? —me pregunté extrañado; mi perplejidad hubiese aumentado de haberme enterado entonces, que al mismo tiempo que del Quirinal se me enviaba aquella proposición, salía telegráficamente del Vaticano un ofrecimiento de paz también dirigido a mí, por el Cardenal-Secretario de Estado monseñor Paccelli, en la actualidad Su Santidad Pío XII. De ello hablaré más adelante.

El amigo vasco me dijo:

—El Conde pide una respuesta lo más rápida posible.

A mí me extrañó que un diplomático interesase la urgencia en asunto tan trascendental, pero a pesar de ello di la respuesta a mi amigo inmediatamente:

—Conteste usted a ese señor —le dije— que los vascos no admitimos ninguna proposición donde se mencione la palabra *rendición*.

Y mi amigo se marchó en el avión a Francia, y por el mismo conducto volvió a los pocos días. Vino a verme a la Presidencia.

—El Conde Cavaletti me ha pedido ser recibido por usted aquí —me dijo.

—¿En Bilbao?... —le interrogué asombrado.

—Vendría en un avión italiano —continuó—, pero sin colores ni señales de ninguna clase.

—No, por favor —le interrumpí—, ya tenemos bastante con los aparatos italianos que nos bombardean todos los días. Si ese señor lo cree necesario, que venga, pero con usted, y en nuestro avión. Yo garantizo que no le pasará nada.

Tal vez extrañe a alguien esta complacencia mía con el enviado de un Jefe de Estado que nos atacaba sin que nosotros le hubiésemos hecho nada. Pero siempre ha sido norma mía no rechazar una plática, cuando en ella puedo oír algo interesante. Siendo el tema de importancia, acepto parlamento con personas de la más diversa condición. Como yo creo firmemente en lo que creo, no tengo miedo a las opiniones ajenas, y en más de una ocasión me han proporcionado útiles enseñanzas. Además, siempre suele quedar algo en el ánimo del contrincante con quien se conversa.

—La proposición italiana —me dijo mi compatriota— es más importante de lo que la nota refleja.

—¿Más importante que un ofrecimiento de paz separada? —le argüí.

—Sí —añadió el emisario—, el mismo conde me ha manifestado que, una vez enviado por usted el telegrama al Duce, podrán comenzar las conversacio-

nes en las que se estudiará incluso la posibilidad de un protectorado italiano sobre Euzkadi.

—¡Pero si eso no lo consiguió ni la Roma de Augusto! —le dije sonriendo.

—Pues el Duce pretende intentarlo —continuó el amigo—, y el ensayo vasco le servirá para llegar a idénticas conclusiones con los catalanes, y luego a la paz con la República.

Soy hombre poco inclinado a expansiones de indignación, y como tampoco estaban las cosas para soltar carcajadas, opté por responderle lo más serenamente posible:

—Dígame al conde de mi parte, que mi respuesta anterior queda en pie, y que, en caso de que persista en su idea de venir a Bilbao, que mantengo con la misma firmeza las garantías para su seguridad personal.

Pero todo quedó en nada. Cavaletti de Sabina afirmó al intermediario vasco que le había impresionado la sinceridad de nuestra garantía, aunque él —le dije— “no hubiera podido garantizarnos lo mismo”. Y yo me quedé con las ganas de escuchar de labios del discípulo de Maquiavelo —supongo que lo sería— la explicación de la pintoresca tesis de un protectorado italiano sobre los vascos.

La destrucción de Guernica y la execrable matanza de vascos que había sido perpetrada, tuvo derivaciones de una mayor trascendencia. Se trataba de un pueblo cristiano, de un pueblo ordenado y laborioso poseedor de una vigorosa constitución social, y de un tesoro de tradición democrática y de auténtica libertad. El mito de la *Cruzada* se venía abajo, amenazando dejar al descubierto a los muchos diablos que se escondían detrás de la Cruz. Había que evitar a todo trance tamaño desastre, que de ocurrir hubiese sumido en desprestigio, más que a los falsos cruzados, a quienes, por ayudarlos, resultaban cómplices de los crímenes de aquéllos. Y para ello, no había otra solución que hacer desaparecer la causa que podía originar el descalabro, lo que podía realizarse de dos maneras: exterminando al pueblo vasco, o apartándolo de la lucha.

El Vaticano, en un noble afán de pacificación, intentó la segunda solución. El Cardenal-Secretario de Estado redactó un mensaje telegráfico que iba dirigido a mí como Presidente Vasco, a juzgar por el tratamiento. Y esto no era de extrañar, por ser yo católico de profundas convicciones que a Dios agradezco.

Invocaba el documento la conveniencia de poner fin a la contienda en beneficio de los altos intereses espirituales comprometidos. La proposición de paz que se me hacía —a la cual calificaba el documento de generosa o humanitaria—, contaba con la aquiescencia de los generales Franco y Mola, según se hacía constar explícitamente en el preámbulo. Se exigía de nosotros la rendición y entrega de Bilbao y del resto del territorio vasco, tal como se hallaba, sin ser destruido. A cambio se nos prometía el respeto de vidas y haciendas para todos los vascos, y la salida al extranjero de los dirigentes políticos y jefes militares. “Las provincias vascas —decía el documento—, disfrutarán del régimen administrativo que tenga la provincia de España más privilegiada” (*sic*). Terminaba con unas reflexiones redactadas, como todo el documento, en términos pacificadores.

Para un jefe católico, de un país en su casi totalidad católico, la prueba hubiera sido dura, aun cuando la justicia de nuestra causa y nuestra firmeza y lealtad eran suficiente satisfacción para nosotros. Y digo “hubiera”, porque yo

no me enteré de la existencia de dicho documento telegráfico hasta mucho tiempo más tarde —nada menos que tres años más tarde—, cuando me hallaba en París en el exilio. Un violento artículo —falso desde el principio hasta el fin— contra los vascos y concretamente contra mí, debido a la pluma del Padre jesuita J. de Bivort de la Saudee, aparecido en la “Revue de Deux Mondes”, del 10 de febrero de 1940, nos descubrió su existencia, así como la de unos hechos absolutamente desconocidos para nosotros.

Lo relatado en el artículo era lo siguiente: Monseñor Valerio Valeri, Nuncio Apostólico en París, fue encomendado por el Vaticano de una misión extremadamente delicada: la de “favorecer unas negociaciones de paz entre el General Franco y el Gobierno de Euzkadi, en vista de que yo no contestaba a un mensaje que se me había enviado desde el Vaticano”. “El Quai d’Orsay, así como varios miembros del cuerpo diplomático y algunas personalidades residentes en París prestaron su benévolo concurso. Entre ellas un antiguo jefe de Estado —el ex Presidente de Méjico señor de la Barra— jugó un papel de primer plano.” Fue a fines de febrero y en el curso del mes de marzo de 1937, tiempo en que el Cardenal Gomá actuaba oficiosamente de Nuncio cerca del General Franco. Algunas semanas más tarde (por aquellos días Guernica fue arrasada) el Primado de España hizo cuanto estuvo de su parte para que el Generalísimo de los Ejércitos Españoles propusiera al Gobierno Vasco unas condiciones de paz aceptables, y elaboró con el General Mola un proyecto que fue sometido al General Franco.

Tres eran los puntos que se proponían al señor Aguirre para que la paz fuese aceptada: 1.º, se respetarían vidas y bienes a todos aquellos que depusieran sus armas; 2.º, se facilitaría la huida de los jefes; 3.º, serían sometidos a los Tribunales Militares Ordinarios únicamente los autores de crímenes de derecho común.

No solamente el General Franco dio su aquiescencia para que dichas proposiciones fuesen hechas al Gobierno Vasco, sino que en un gesto de magnanimidad añadió otras dos más: 1.º, las Provincias Vascas disfrutarían de los mismos privilegios económicos, políticos y jurídicos que Navarra, la provincia más privilegiada de España; 2.º, las mejoras económicas y sociales de las Provincias Vascas serían respetadas y aplicadas siguiendo las directrices de la Enciclica *Rerum Novarum*, a medida que la situación financiera de España lo permitiese.

Si estas condiciones no eran aceptadas antes de la ruptura del *cinturón* de Bilbao, el ejército nacional entraría en esta villa en plan de conquista.

Este proyecto fue oficialmente comunicado al señor Aguirre. Una alta personalidad eclesiástica española partió inmediatamente para San Juan de Luz y Biarritz con intención de entrevistarse con el Canónigo Onaindia, cuya influencia sobre el Gobierno Vasco podía ser factor importante para la aceptación de las proposiciones. Después de quince días, éste (*sic*) pidió que dos cláusulas fuesen añadidas a las proposiciones del General Franco: 1.º, El Presidente del Gobierno de Euzkadi no sería considerado como un traidor, y 2.º, se guardaría un secreto diplomático sobre estas negociaciones y condiciones de rendición.

El General Franco respondió que él no trataba sino sobre condiciones generales de rendición y no de intereses particulares. Por otra parte, él había

prometido actuar para favorecer la huida de los jefes. En respuesta a la segunda demanda se comprometía a guardar el secreto.

El señor Aguirre exigió todavía una condición más. Pretendía que todas las cláusulas fuesen garantizadas oficialmente por una potencia extranjera. Esta condición fue rechazada por los jefes nacionales como deshonrosa para ellos. Era ya el mes de mayo de 1937...”

He aquí el relato que nos dejó petrificados. Estábamos ya en febrero de 1940, y yo, el principal personaje de todas estas supuestas negociaciones, nada sabía de todo ello. Llamé al Canónigo señor Onaindia. Tampoco él sabía nada. ¿Qué persona o grupo de personas habían cometido la incorrección de suplantar mi autoridad? ¿Quién les había autorizado a enviar unas contraproposiciones reñidas con mi dignidad y mi honor? O si no, ¿qué es lo que se tramaba en las sombras? ¿Quién había inventado toda esta burda historia?

Pero algo más importante había aún; era un telegrama que el Cardenal Paccelli me había enviado directamente a mí, en vista del *fracaso* de las mencionadas “negociaciones”. Con el fin de aclarar la verdad, rogué al señor Onaindia visitara al Nuncio en mi nombre para pedirle una entrevista. Tenía verdadero empeño en desentrañar todo este misterio. El Nuncio contestó que “siendo yo para él una personalidad política oficiosamente reconocida en París”, tendría que consultar al Vaticano antes de aceptar mi visita. Encargó también al señor Onaindia que me comunicara que creía en absoluto en mi ignorancia sobre el asunto en cuestión. Le mostró entonces el texto del telegrama dirigido a mí por el Cardenal Paccelli en los primeros días de mayo de 1937 del cual no quiso entregar una copia al señor Onaindia, quien lo retuvo en la memoria casi íntegro.

Hicimos toda suerte de averiguaciones para dar con el paradero del citado telegrama y al fin dimos con la explicación. Había sido enviado por el Vaticano a Barcelona vía Roma, en lugar de hacerlo, como supongo que sería su intención, por el cable submarino Londres-Bilbao, pues en Barcelona funcionaban los servicios telegráficos del Gobierno de la República Española. Además se trataba de un mensaje abierto, sin clave alguna, es decir, fácil de comprender por cualquiera que lo leyera. Cuando nos enteramos de ello —habían ya transcurrido tres años— no podíamos comprender que la diplomacia vaticana, siempre tan previsora y sutil, hubiese actuado tan ligeramente en un asunto de semejante transcendencia.

Es fácil comprender lo que había sucedido con el telegrama. Tan pronto como llegó a Barcelona, el telegrafista que lo recibió dio cuenta de su contenido al Gobierno de la República Española, que a la sazón se encontraba en Valencia. Hubo consultas y hasta secreto jurado entre los miembros del Gabinete que conocieron su texto. Se reunieron secretamente con excepción del ministro vasco señor Irujo, el catalán señor Ayguadé, el señor Prieto, según me lo aseguró él mismo, y quizá algún otro ministro, por no haber sido convocados. Acordaron silenciar el telegrama sin darme traslado del mismo, colocándose en situación de conciencia en que me habían dejado quienes se comportaban de manera tan poco digna. Entre la desvergüenza de quienes se atribuyeron mi autoridad para tratar de unas condiciones de paz que yo desconocía, y la deplorable conducta de los que interceptaban telegramas dirigidos a personas de responsabilidad, consiguieron que los vascos y más concretamente yo, apa-

reciésemos ante el Vaticano como un pueblo incivil, que ni siquiera tenía la cortesía de contestar, aunque no fuera más que para agradecer la intervención y rechazar las ofertas.

El Nuncio, Monseñor Valerio Valeri, que anteriormente había demostrado su afecto hacia los vascos en ocasiones de tribulación para éstos, no solamente aceptó nuestras explicaciones y reconoció la veracidad de las pruebas que le sometimos, sino que admitió también que en la visita que el ex Presidente mejicano señor de la Barra había hecho al Delegado del Gobierno Vasco en París, aquél se limitó a una exploración diplomática tan vaga que ni siquiera nombró a la persona que le enviaba, ni mostró documento alguno. Hizo lo que otras muchas personas de buena intención, que con autoridad o sin ella se acercaban a nosotros en aquella época, para hacernos preguntas de este tenor: “¿Pero no creen ustedes que ya es hora de que termine esta terrible guerra?”. “¿Cómo podría llegarse a encontrar una fórmula de paz?”, etc.

Herido en mis más íntimos sentimientos, redacté entonces un largo escrito dirigido al Cardenal Maglione, Secretario de Estado del Vaticano, para que fuese entregado al Santo Padre. En él hacía una historia documental de los hechos acaecidos, poniendo en claro la conducta correcta de los vascos, al mismo tiempo que pedía con apremio se me diesen los nombres de aquellas personas que habían suplantado mi personalidad, manchando mi honor de hombre y de vasco. Este escrito fue entregado en la Nunciatura de París el 7 de mayo de 1940. No hubo posibilidad de una respuesta, porque la catástrofe de Francia se produjo pocos días después, y, con ella, mi desaparición aparente del mundo de los vivos.

He traído conjuntamente a colación estos dos episodios en que intervienen las dos Romas, la cristiana y la pagana, para mostrar cómo ambas en competencia quisieron llegar a una paz con los vascos. La causa que motivó ambos intentos de pacificación fue la misma: la enorme repercusión que tuvo en el mundo la destrucción de Guernica. Pero las razones psicológicas eran diferentes: por un lado, un Duce que hacía la merced de brindar la paz a un pueblo injustamente agredido por él, y por otro lado, un Papa que percibe claramente todo el significado de la lucha de un pueblo que defiende su libertad aun cuando haya sido atacado en nombre de la civilización cristiana, siendo ese pueblo un pedazo auténtico de dicha civilización.

Las claras mentes del anciano Papa y del Cardenal Pacelli comprendieron con cierta visión de futuro el drama de nuestro pueblo, pero mal pudo tener eficacia su afán de pacificación que, como queda expuesto, ni llegó siquiera a conocimiento del Gobierno de Euzkadi.

Fue tal vez providencial, además de ser ejemplar y edificante, que un pueblo auténticamente religioso, como es el vasco, se mantuviese en la lucha al lado de la libertad y la democracia, demostrando así a los recelosos y a los equivocados que la libertad y la fe caben juntamente en el corazón de los hombres. Para que la humanidad no olvide esta verdad, han luchado y siguen luchando los vascos. Toda la sangre y lágrimas que vertieron, todos los dolores y amarguras que padecieron y padecen los darán por bien empleados, si con ello han contribuido a que la fe y la libertad puedan vivir hermanadas en el alma humana, evitando así la destructora labor de quienes se arrojan la representación de Dios, al mismo tiempo que niegan a Cristo.